

**¡Aleluya!**  
*-Salmo 113A-*



**Jueves XIX**  
**Tiempo Ordinario**



70

x7

---

siempre

**NO HAY NADA, POR  
FUERTE QUE SEA,  
QUE NO SEA  
PERDONABLE  
Y QUE NO DEBAMOS  
PERDONAR  
¡SIEMPRE!**

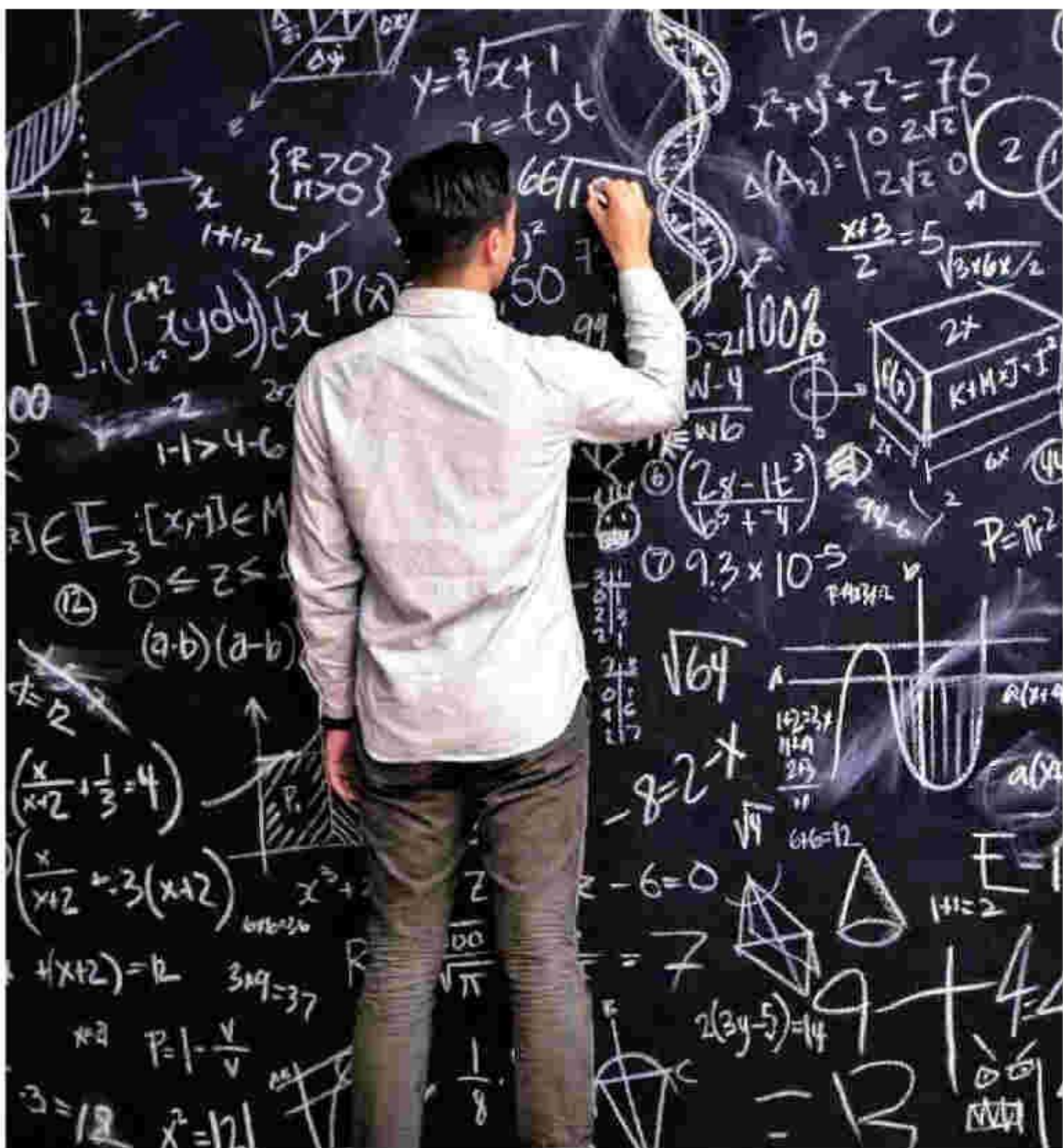




**Mateo 18,21-19,1**

**“Lo mismo hará con  
vosotros mi Padre  
celestial, si cada  
cual no perdona de  
corazón a su  
hermano.”**





Las cifras barajadas para los límites del perdón de las ofensas, las mismas de Génesis 4,24 para la venganza, convierten al perdón en la base de actuación superadora de la venganza. El sentido de la respuesta “no siete, sino hasta setenta veces siete” es que no se pueden poner límites al perdón: hay que hacerlo siempre. “Para perdonar no hay que hacer cálculos: ¡se perdona siempre!” (San Juan Crisóstomo) El “siempre” se convierte en el criterio de actuación.





La respuesta de Jesús a Pedro, desarrollada en la parábola posterior, muestra que el perdonado no sabe perdonar; que los perdonados por Dios no saben perdonar al hermano, pues la deuda perdonada al primer empleado es descomunal y la que él no perdona a su compañero, pequeñísima. El contraste destaca el perdón que Dios concede y la mezquindad de nuestro corazón, al que le cuesta perdonar una insignificancia.





Hay quien afirma que hay acciones imperdonables. Jesús no opina igual. El perdón, entendido como Jesús expone y pide, equivale, cierto, a poner en marcha la utopía. Pero el discípulo tiene una buena razón para poder hacerlo: se sabe perdonado por Dios y vive desde la experiencia de ese perdón, que le lleva, incluso a la renuncia de una compensación justa por daños y perjuicios. Nuestra relación con el otro debe reflejar la de Dios con nosotros.





Los seguidores de Jesús, porque saben con creces lo que significa ser perdonado, han de hacer lo mismo que Dios: no poner límites al perdón. El discípulo de Jesús tiene motivo para perdonar: el perdón que Dios le otorga a él.

Este perdón es la renuncia, incluso, a la compensación justa por daños y perjuicios. El discípulo se sabe envuelto en gracia. Por eso, lo que brota del discípulo nunca serán exigencias, sino donación, perdón y gracia.



Lo propio de Dios  
es perdonar.



“Nada nos asemeja  
tanto a Dios  
como estar siempre  
dispuestos al perdón”  
*(San Juan Crisóstomo)*